

trante, una accidental contienda entre dos ramas dinásticas y dos ideologías políticas; es la renovación de oposiciones seculares, brote nuevo de herencias remotas, lucha entre el campo y la ciudad, entre el hombre del mar y el de la montaña, entre el mercader y el labrador; y es más: es una anécdota del eterno flujo y reflujo de la paz y la guerra, de la creación y la destrucción.

Estas novelas de la guerras carlistas son su proyección épica, acomodada a los tiempos y a los reinantes estilos literarios. Escritas a alguna distancia, veinte años después la más próxima, y en una época de literatura erudita, están en una relación parecida a la de los poemas y los romances eruditos con relación a su material histórico; pero conservan algún reflejo del ímpetu popular de que está plétórico el asunto.

## IV

## Un asunto popular

LAS guerras civiles fueron las más populares, quizás las únicas guerras populares españolas. Las grandes guerras del período imperial, de la época de los Austrias, fueron medianamente populares, si acaso en el aspecto religioso. Por debajo de la vanagloria y la adulación cortesana, el espíritu popular trascendía en la literatura y en los cuadernos de Cortes en queja de que la sustancia de los reinos de España se consumiera en empresas extranjeras. Desde los tiempos primitivos tuvieron las guerras genuinamente españolas el carácter y la forma de guerras civiles y de guerras de partidarios. La Reconquista es una larga sucesión de guerras civiles. Guerra civil fué la guerra de Sucesión de España. Guerra civil también, en su parte más popular y viviente, de lucha de guerrilleros y partidarios, la guerra de la Independencia, que preparó las guerras dinásticas del pasado siglo y educó a su adalides.

Desde los tiempos primitivos, antorromanos, el guerrillero fué el genuino tipo bélico español que persevera y continúa hasta nuestra época. Es creación natural del suelo, del espíritu individualista e independiente de los naturales, de la contextura inorgánica o poco orgánica de la sociedad española, compuesta de varios cuerpos o sociedades mal fundidos. El cabecilla es naturalmente el héroe nacional, desde Viriato al cura de Santa Cruz. Es significativo el número de cabos o generales extranjeros, italianos, franceses, alemanes, que dirigieron las huestes españolas en las grandes guerras de los siglos XVI y XVII. En cambio, los héroes más netos y castizos, como el capitán de todos, el buen ca-

## REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.  
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

ballero Rodrigo Díaz de Vivar, *el buen vasallo si tuviera buen señor*, eran cabecillas, jefes de partidarios. En los cabecillas más distinguidos de las guerras carlistas, en aquellos curas y aquellos escribanos que batieron tantas veces a los soldados profesionales, subsistían algunas de las cualidades heroicas de los guerrilleros y adalides antiguos. Eran Viriatos y Cides venidos a menos, a veces contaminados del espíritu bandolérico, a que es tan dado el partidario. El héroe y el forajido se amalgaman frecuentemente en tales tipos. Estas castizas figuras no se dieron sólo en el campo carlista. También en el liberal los mejores caudillos fueron los que tenían dotes de guerrilleros, de cabecillas.

Fueron éstas las guerras populares, en que no se preguntaba el *épor qué?*, que hace vacilar la moral del guerrero. Fueron además, las guerras naturales, como esfuerzos y forcejeos de constitución de la sociedad española, buscando un asiento estable de instituciones, que todavía no ha encontrado. Esto las distingue profundamente de las empresas de los *chouanes* de Francia, que fueron una fugaz anécdota en la historia del país vecino, la última convulsión de un régimen caduco. Por ser un fenómeno tan viviente, tan real, encerraban aquellas contiendas un fondo poético y dramático que se ha vertido en ese florecimiento de novelas, forma moderna de la épica.

## V

"Paz en la guerra", en la novelística y en la estilística de Unamuno

DESPUÉS de *Paz en la guerra*, Unamuno ha escrito varias novelas: *Amor y pedagogía* (1902), *Niebla* (1914), *Abel Sánchez*, *Una historia de Pasión* (1917), *La tía Tula* (1921). *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920). Estas novelas no se parecen artísticamente a *Paz en la guerra*. El

propio autor señala la diferencia en el prólogo. «En esta novela—dice—hay pinturas de paisaje y dibujo y colorido de tiempo y de lugar. Porque después he abandonado este proceder, forjando novelas fuera de lugar y tiempo determinados, en esqueleto, a modo de dramas íntimos, y dejando para otras obras la contemplación de paisajes y celajes y marinas. Así, en mis novelas *Amor y pedagogía*, *Niebla*, *Abel Sánchez*, *La tía Tula*, *Tres novelas ejemplares* y otras menores no he querido distraer al lector del relato del desarrollo de acciones y pasiones humanas, mientras he reunido mis estudios artísticos del paisaje y del celaje en obras especiales, como *Paisajes*, *Por tierras de Portugal y de España* y *Andanzas y visiones españolas*. No sé si he acertado o no con esta diferenciación».

Creo que no. Las novelas posteriores a *Paz en la guerra* son novelas desencarnadas, escuetos ejemplos morales, a los que el autor, con una especie de ascetismo literario, los priva del accidente en que está el encanto sensual de estas fábulas. Unamuno ha proclamado la teoría de la tragedia desnuda, despojada del artificio escenográfico. En estos libros practica la teoría de la novela desnuda, que vuelve, en cierto modo, a la forma simple, escuetamente narrativa, de los primitivos *novellieri* y autores de ejemplos, si bien no por inocencia y desmaño, sino por un espíritu místico o cuasi místico, que exalta el mundo interior y desprecia o rechaza lo sensible. Son novelas de espíritus, novelas intelectuales, mientras que *Paz en la guerra*, sin perjuicio de la vida interior de sus personajes, ofrece a la fantasía la visión coloreada del espectáculo sensible, finos y severos paisajes, rumor y junta de multitudes, fisonomía de sujetos, y hasta aquellos particulares menudos del carácter que sin ser sensibles escapan a una novela desnuda demasiado esquemática. El accidente, la individuación, es lo que da a la novela, y a la misma historia, la sugestión artística. El secreto del atractivo de las historias que cautivan como novelas está en el pormenor, en el accidente, porque la realidad se comunica a nosotros por medio de pormenores y accidentes.

Es cosa algo opinable y fluctuante la estilística y todos los métodos de cotejar y medir estilos de la palabra. Contra lo que algunos creen, por una falsa apreciación de la casticidad y la clasicidad, Unamuno me parece una de las máximas autoridades actuales de la lengua, uno de nuestros mayores romancistas, penetrado del espíritu y de la historia del romance castellano como pocos y, desde luego, infinitamente más castizo y más clásico, más digno de ser modelo, que los fríos ar-